

implementadas por Alberto Fujimori en la zona, que se tradujeron en la privatización de la industria hidroeléctrica. Este hecho supuso la llegada de capital norteamericano, la cual se expresó en las concesiones otorgadas a Duke Energy desde 1999. Sin embargo, este hecho, lamentablemente, también implicó un menor apoyo a la investigación científica de los lagos y, en algunos casos, hasta el abandono de su estudio.

El libro se circunscribe temporalmente al periodo 1930-2000 y destaca el comportamiento de poblaciones que se resistieron a cumplir un rol pasivo frente a la amenaza glaciaria, pues fueron tanto interlocutoras permanentes para las autoridades enviadas por el gobierno como también beneficiarias directas de las políticas de prevención de desastres. La mitigación de estos configuró un proceso político.

No queremos concluir esta reseña sin hacer mención a las fotografías distribuidas a lo largo del texto. Han sido tomadas, con buen criterio, de los archivos de diversas entidades. Una de ellas es el Instituto de Geografía de la Universidad de Innsbruck, en el que se aloja el archivo documental y fotográfico de Hans Kinzl, pionero del estudio de los glaciares andinos. Las imágenes de este repositorio, así como las proporcionadas por el Servicio Aerofotográfico Nacional y las logradas por el propio autor en su recorrido vivencial por los Andes, destacan aún más el mérito del libro.

LIZARDO SEINER
Universidad de Lima

GIESECKE SARA-LAFOSSE, Margarita. *La insurrección de Trujillo: jueves 7 de julio de 1932.* Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2010, 371 pp.

El libro de Margarita Giesecke, *La insurrección de Trujillo*, fue inicialmente una tesis doctoral que, bajo la asesoría de Eric Hobsbawm, se sustentó en la Universidad de Londres. Soy una *outsider* a la historia contemporánea, y aún más a la historia del partido aprista, aunque reconozco la enorme importancia de este en la formación del Perú

moderno. Así que ofrezco este comentario no desde la perspectiva de una conocedora de dicha agrupación, sino de una simple lectora que quiere compartir el placer que me generó el texto de una historiadora y amiga cuyas investigaciones siempre leía con mucho gusto y provecho.

El libro que reseño es el examen de un evento importantísimo en el contexto de la larga duración: me refiero a la rebelión de Trujillo de 1932, que definió en muchos sentidos al partido aprista. El texto parte del análisis del gobierno de Augusto B. Leguía y su modelo de desarrollo. La modernización, que era el elemento central de su régimen, fue financiada con préstamos, lo que dejó al país vulnerable a los efectos del *crack* de 1929. Los cambios estimulados por Leguía, que tenían el objetivo de ampliar los ingresos del Estado por el camino de la exportación, contribuían a forjar las bases de su propia destrucción política.

Por otra parte, el presidente buscaba el crecimiento de la masa de votantes por la vía de la ampliación de la educación básica, dando lugar, de ese modo, a la expansión del sector o sectores de personas que sabían leer y escribir, y que se convertían, por tal razón, en aptos para votar. De esta manera se proponía bloquear el acceso al poder de los civilistas, cuyas fuerzas descansaban en la vieja oligarquía. Para lograr su fin, el régimen inicialmente favoreció a los estudiantes universitarios y sus proyectos políticos y sociales, incluso su énfasis en la importancia de la educación para el desarrollo nacional y sus propuestas para abrir universidades populares para las clases trabajadoras. Los dirigentes y alumnos universitarios eran los directores y profesores de las universidades populares, respectivamente. Ellos empezaron a laborar en un medio social habitado por obreros preparados no solo para recibir los conocimientos de los universitarios, sino para ampliar los mismos. En el intercambio entre ambos grupos, se consolidaron el anarquismo y el sindicalismo. Esto explica el nombre que tomaron las instituciones: Universidades Populares Manuel González Prada.

Gracias a las universidades populares, los estudiantes universitarios forjaron vínculos con los trabajadores, lo que rápidamente se tradujo en una alianza de carácter político. Al inicio, hasta la elite más conservadora aceptaba que la educación era esencial para el progreso, contexto que

permitió la creación de una red de centros que ofrecían clases relacionadas con la cultura nacional, además de una instrucción técnica. Sin embargo, también se habilitaron espacios donde los trabajadores —junto con los intelectuales universitarios— afinaban su orientación política y su participación en los conflictos obreros. Fundadas en la década de 1920, con su primera y más importante sede en Lima, la expansión de las universidades populares a numerosas ciudades de provincia fue contemporánea con la reacción de parte del gobierno a la amenaza que representaban estos grupos e ideas radicales, y entonces las fundaciones de nuevos centros iban de la mano con el cierre de los ya existentes. Participaba en todo esto el joven Víctor Raúl Haya de la Torre, alumno de San Marcos y rector de la Universidad Popular en Lima y Vitarte. Las universidades populares, la primera de las cuales se fundó en Lima en 1921, ofrecieron un campo fértil para forjar un proyecto político entre intelectuales y obreros, el que eventualmente dio a luz no solamente al partido aprista, sino también al comunista. El colapso del leguismo fue producto no solamente de la depresión económica mundial, sino de la propia política del gobierno orientada hacia la contención, por el camino de la ampliación del voto popular, de lo que el propio presidente percibía como su enemigo principal: la oligarquía civilista. La historia de las universidades populares contada por Giesecke representa para mí un ejemplo magnífico de lo dicho por Carlos Marx, de que la clase dominante forja finalmente su propia destrucción.

Las medidas tomadas por el gobierno para contener la crisis económica tuvieron severos efectos sobre los trabajadores, lo que identificó al gobierno con los explotadores, quienes estaban representados en una buena parte del país por las compañías extranjeras. Y en el contexto de la crisis mundial, se produjo la clásica dicotomía marxista: el gobierno, las clases altas y las compañías extranjeras contra los agricultores y los obreros, lo que creó las condiciones para un enfrentamiento. Vinieron las huelgas, las confrontaciones y finalmente la caída de Leguía. Y con esto pasamos al corazón del libro: los eventos de la llamada guerra civil, que duró desde el golpe de Luis M. Sánchez Cerro contra Leguía en agosto de 1930 hasta el asesinato del mismo golpista tres años más tarde.

Finalmente, la autora analiza los orígenes y organización del partido aprista, las rebeliones suscitadas entre 1931 y 1934, y el estudio detenido de la insurrección de Trujillo del 7 de julio de 1932. El Partido Aprista Peruano se fundó en 1930 y apenas nueve meses después participó en su primera confrontación electoral. Los comicios los ganaría Sánchez Cerro, pero los apristas quedaron convencidos de que había habido fraude contra su candidato Haya de la Torre. Esto justificaba levantarse en armas para proteger la democracia y llevar a su líder al poder. Después de las elecciones, hubo insurrecciones en todo el país contra Sánchez Cerro. Este había ido consolidando su poder, aliándose con la clase alta y los intereses exportadores e incluso con las compañías extranjeras, las que, según su discurso durante la campaña electoral, representaban un peligro para el país.

Es en esta parte del libro que yo me encontré pegada a cada palabra, mientras se desarrolla la historia de las luchas, en las que los apristas participaban, por un lado, para vengar lo que había sido una elección fraudulenta y, por otro lado, para llevar adelante una revolución social. Como sabemos, no ha habido nunca una revolución de este tipo conseguida por medio de elecciones —ni en Bolivia ni en Chile, para ofrecer solamente dos ejemplos—, aunque la visión de una revolución social sin violencia tiene también una larga trayectoria. En este caso, estamos frente a la historia de un movimiento que al parecer no tenía las ideas claras: ¿se trataba de una lucha solo para lograr el poder político, o se peleaba para transformar las relaciones sociales en el país?

Hay mucho debate entre los historiadores acerca del grado de participación de los apristas en los levantamientos. Aunque Giesecke concluye que el APRA tuvo un papel significativo en las insurrecciones, lo que más me ha impresionado de su análisis es su apertura al debate. Los datos que ofrece son impresionantes y, en muchos casos, son presentados en apéndices detallados, que invitan a quien se interese en el asunto a hacer sus propios cálculos. Y sus datos reflejan también el espíritu de una investigación amplia. Quisiera en particular indicar el uso que hizo la autora de documentos del Archivo Histórico Militar, donde hay considerable información sobre los participantes en las insurrecciones, lo que no se podía rescatar de las fuentes más conocidas del partido. Yo me he

sorprendido de la intervención significativa de miembros del ejército, de diverso rango, en los levantamientos. Desde soldados, obreros e intelectuales, hasta burócratas del gobierno, además de los simpatizantes, las filas del partido incluían a elementos de toda la sociedad peruana, salvo, por supuesto, a los de las clases más conservadores y las compañías extranjeras. Y con todo esto, pregunta la autora, ¿por qué y cómo fallaron las insurrecciones?, y en particular, ¿por qué fue derrotada la más importante de todas, la de Trujillo, en la que los rebeldes no solamente tomaron la ciudad, sino que la dominaron por una semana entera? La respuesta de Giesecke es que, a final de cuentas, el punto débil del partido aprista fue el liderazgo. La autora concluye que las insurrecciones en 1931, junto con la de Trujillo, presentaron casi el aspecto de una revolución popular debido a la masiva presencia de trabajadores; sin embargo, no hubo un liderazgo decidido, tanto del lado de estos últimos como del APRA. La alta dirección del partido tenía, al fin y al cabo, un espíritu conservador orientado mucho más a la tarea de llevar a su líder al poder dentro del sistema existente que a la transformación de la sociedad. Y con la derrota del levantamiento y la represión enorme que le siguió, los apristas muertos asumieron el papel de mártires y reforzaron el poder de la alta dirigencia partidaria en desmedro de los militantes o las masas. Tenemos así el perfil de un partido nacional, nacido en el grito de multitudes para hacer una revolución, que se definió como parte del sistema vigente.

Pero el libro de Giesecke no tiene un carácter polémico. Es una invitación a participar en el análisis y dialogar. El texto posee el mismo tono de una investigadora que tiene más interés en el debate abierto que en cualquier conclusión cerrada. Resume las preguntas, presenta los datos y expone sus propias conclusiones, pero siempre dejando escuchar los argumentos de los otros. La investigación que nos ha dejado Margarita Giesecke es, al fin, un punto de partida firme para una historia completa de una de las instituciones políticas más importantes del Perú.

KAREN SPALDING

Universidad de Connecticut